



Universidad
de La Laguna

La emergencia de China y su impacto en la estructura de poder del sistema internacional

Adriana Herrera Campos

Trabajo de Fin de Grado

Grado en Sociología

Tutor: José Abu-Tarbush Quevedo

Departamento: Sociología y Antropología

Resumen

La emergencia económica de China ha situado a este gigante asiático como la primera potencia mundial en 2014, adelantando así a otros importantes países como Estados Unidos. Su continuado crecimiento económico a lo largo de las tres últimas décadas ha ido aparejado a un creciente (y discreto) protagonismo en la arena política internacional. La emergencia de nuevas potencias mundiales a lo largo de la historia siempre ha afectado a la propia estructura de poder internacional y, por extensión, al orden mundial al que da lugar. Pese a que desde China su ascendencia se proyecta como pacífica, desde otras perspectivas se esbozan diferentes escenarios sobre su impacto en la mencionada estructura del sistema internacional y el orden mundial.

Abstract

The economic rise of China has situated the Asian giant as the leading world power in 2014, well ahead of other major countries like the United States. Its continued economic growth over the past three decades has been accompanied by a growing (and discreet) leadership in the international political arena. The emergence of new world powers along the history has always affected the structure of international power and, by extension, the world order. Despite its rise is projected and shown from China as a peaceful, from other perspectives outline different scenarios regarding its impact on the aforementioned structure of the international system and world order.

Palabras clave: Orden Mundial, Estructura de Poder, Sistema Internacional, Asia-Pacífico y China.

Key words: World Order, Power Structure, International System, Asia-Pacific and China.

ÍNDICE

Introducción	4
a) Hipótesis.	
b) Marco y perspectiva teórico-histórica.	
1. Estructura y caracterización socioeconómica.	10
2. Perspectiva política, liderazgo y legitimidad.	13
3. China y su impacto regional: su rol en Asia- Pacífico.	16
4. Conclusiones	17
Bibliografía	20
Figuras y apéndices	22

Introducción

Este trabajo tiene como objeto reflexionar acerca de la emergencia económica de China y su impacto —real y potencial— en la estructura de poder del sistema internacional y, por ende, en el orden mundial. Su emergencia como potencia mundial viene precedida por un continuado y significativo crecimiento económico a lo largo de las tres últimas décadas que, a su vez, ha situado a China como la primera potencia mundial en 2014, relegando a un segundo plano a históricas potencias económicas como Estados Unidos y Japón¹.

Con ese propósito, el trabajo se organiza del siguiente modo. Después de esta breve introducción, en la que se contempla la hipótesis de trabajo, marco teórico y metodología, se realiza un breve recorrido por el despegue económico de la China pos-maoísta, a modo introductorio que facilite al lector su familiarización con la evolución registrada por este gigante asiático. Un segundo epígrafe está centrado en el sistema político chino, en concreto, en aquellos factores que, paradójicamente, explican su actual disciplina de crecimiento, pero que también podrían volverse en contra, limitando o impidiendo su ansiado liderazgo regional (Asia-Pacífico) e incluso internacional (compartido con otras grandes potencias mundiales). Además de por cuestiones de oportunidad o estrategia en la escena internacional, el verdadero talón de Aquiles chino procede de una potencial crisis interna o, igualmente, de legitimidad, debido a su continuado autoritarismo y violación sistemática de los derechos humanos. Un tercer epígrafe está orientando a la significación de la estrategia china, de supuesto ascenso pacífico, y la de su percepción tanto en su entorno más inmediato o regional como en el mundial. Por último, se concluirá el trabajo dejando expuestos los diferentes y más previsibles escenarios en torno a su emergencia e impacto en el sistema internacional.

Hipótesis de trabajo: la hipótesis de trabajo de la que se parte es la del inexorable impacto que tiene en la estructura del poder —económico y político— mundial la ascendencia de una potencia en el sistema internacional. Esto es, ¿hasta qué punto el

¹ Hasta ahora los pronósticos del Fondo Monetario Internacional (FMI) habían previsto este cambio histórico hacia el año 2019, pero en 2014 China adelantó a EEUU como primera potencia económica mundial según los datos del mismo FMI. Un hito que llegó cinco años antes de lo previsto. Ver *Tabla I en Figuras y apéndices*.

actual ascenso de China alterará o modificará la estructura de poder del sistema internacional? Pese a que no se puede evaluar el grado de dicho impacto de momento ni del todo (porque es un proceso en marcha e inacabado), la mencionada hipótesis posee bastante verisimilitud porque se comprueban algunos determinados comportamientos que van mucho más allá de meros indicios. De hecho, las pautas de la política exterior china responden cada vez más al comportamiento clásico que han mantenido otras potencias en su ascenso de poder a lo largo de la historia.

Marco teórico: el marco teórico de referencia para abordar el mencionado objeto de estudio es un clásico de las relaciones internacionales. En concreto, el trabajo de mayor reconocimiento se debe a la obra de Paul Kennedy, *Auge y caída de las grandes potencias*, en el que expone las diferentes configuraciones de poder que se han registrado a lo largo de la historia del sistema internacional de Estados desde su emergencia, que abarca unos cinco siglos.

De la observación y estudio de la historia de las relaciones internacionales y, en particular, de su estructura de poder, se advierte a lo largo de la misma una continuada sucesión de potencias mundiales, que intentan reproducir un equilibrio de poder constante. Así, la emergencia de unas potencias se produce al mismo tiempo que tiene lugar el declive de otras, dando lugar a una nueva configuración o equilibrio de poder en el sistema internacional. A su vez, esta nueva reconfiguración de poder termina imponiendo un determinado orden o pautas de comportamiento mundial. Sus principales potencias establecen las nuevas reglas de juego político y económico internacional.

El empeño de las grandes potencias por mantener el equilibrio de poder no es gratuito. Básicamente responde a dos razones. Primero, porque es un equilibrio de poder favorable a sus propios intereses. En la cúspide de la jerarquía mundial, son las grandes potencias las que establecen los principios que rigen el orden mundial. De ahí su interés en reproducir y prolongar el favorable equilibrio de poder. Segundo, la potencial alteración del equilibrio de poder es percibida con temor por las grandes potencias por cuanto pueden ver declinar su preponderancia estratégica en favor de otras potencias ascendentes, dando lugar a un nuevo equilibrio de poder; o bien porque una potencia mundial puede adquirir tanto poder que termina distanciándose del resto de las grandes

potencias e incluso subordinándolas, eliminando el equilibrio de poder y, en su lugar, reemplazándolo por un sistema hegemónico.

El equilibrio de poder se asienta en el predominio estratégico de dos o más Estados en el sistema internacional. Un equilibrio *simple* o bipolar es cuando el sistema internacional está dominado por dos grandes potencias o superpotencias, como sucedió a lo largo del sistema internacional de la posguerra o de la Guerra Fría. Por su parte, el equilibrio de poder *complejo* o multipolar es cuando el sistema internacional está dominado por más de dos potencias, que ha sido la situación más frecuente en la historia. En este caso, los recursos de poder están distribuidos de una manera más o menos uniforme, evitando el predominio de unas potencias por otras y, así, las posibilidades de confrontación. Obviamente, desde el punto de vista de las grandes potencias se trata de un poder simétrico, pero desde el punto del resto de los Estados (la mayoría) se trata de un poder asimétrico, en el que un directorio de cinco o seis potencias dominan el sistema internacional (Kennedy, 1989).

El equilibrio de poder es percibido como un elemento disuasorio del hegemón o, igualmente, de un sistema hegemónico. Esto es, de que un Estado adquiera un poder tan desmesurado que termine dominando todo el sistema internacional, a semejanza de un imperio como la antigua Roma. El equilibrio de poder también se proyecta regional o localmente, evitando que los pequeños Estados sean absorbidos o dominados por potencias regionales o internacionales, pues pueden intentar contrapesar su falta de poder aliándose con otra potencia rival en ese equilibrio de poder mundial. Por último, también facilita las condiciones para la operatividad de las instituciones internacionales básicas del sistema internacional (Sodupe, 2002: 37).

Pero la emergencia del *hegemón* o de un sistema hegemónico no es la única amenaza que acecha al equilibrio de poder, la más frecuente en la historia de las relaciones internacionales es la sucesión de unas grandes potencias por otras. Esto es, el proceso de ascenso y declive de las grandes potencias, que se sucede de manera imparable a lo largo de la historia. Obviamente, se trata de un proceso histórico, que no ocurre de la noche a la mañana, aunque en ocasiones pueda dar esa impresión tras el resultado de una guerra con unas potencias vencedoras y otras vencidas.

Por lo general, la emergencia de una gran potencia viene precedida por un prolongado periodo de bonanza económica y acumulación de riqueza. En la misma medida en que va consolidando su nueva posición económica, la potencia ascendente comienza a reclamar una estatura política semejante. Su ascenso es visto con recelos por las otras grandes potencias predominantes en el sistema internacional. Su reclamación de reconocimiento como una nueva potencia es objeto también de reticencias. Al fin y al cabo se trata de abrir un espacio en la toma de decisiones entre las otras grandes potencias. Pero los Estados ubicados en una posición de predominio tienden a percibir ese reconocimiento como una concesión que contrarrestaría su margen de maniobra e incluso amenazaría con relegarlos a una posición secundaria o de declive.

Conviene traer a colación dos ejemplos, uno de aceptación y otro de rechazo. En ambos casos la guerra medió en la nueva configuración del equilibrio de poder. En el primero, el del ascenso mundial de Estados Unidos, ubicado geográficamente fuera del continente europeo, se impuso claramente tras la Segunda Guerra Mundial (Zakaria, 2000). Pero había dado muestras de su nueva fortaleza desde la Primera Guerra Mundial. En ambas guerras intervino de manera decisiva en favor del bando aliado, no sin antes observar como las grandes potencias europeas y decimonónicas se debilitaban y destruían mutuamente. Arropado geopolíticamente por dos océanos, y con un claro predominio en el continente americano, Washington no tuvo que reclamar de manera tradicional o tan explícitamente su ascenso en el poder mundial, dada la debilidad y autodestrucción de equilibrio de poder multipolar que precedió a su emergencia como superpotencia mundial.

En el segundo caso las cosas fueron bien diferentes. La tardía unificación alemana no excluyó su rápido proceso de crecimiento económico y modernización, unido a su reivindicación de una posición política en el concierto de Estados europeos acorde con su nueva condición económica. De hecho, a medida que se incrementaba el poder de Alemania, su política exterior se volvía cada vez más ambiciosa. El equilibrio de poder se veía amenazado. En particular, Francia, gran rival de Alemania entonces, temía su creciente ascenso. No fue casual que Alemania estuviera en el epicentro de las dos guerras mundiales. El caso del ascenso alemán es expuesto como ejemplo de rechazo por otras potencias, bien por temor a su propio declive o bien por temor a ser dominadas por su imparable ambición de poder.

A la luz de estas referencias, cabe preguntarse hasta qué punto el actual ascenso económico de China, con su igualmente creciente reivindicación de protagonismo político en la escena regional (Asia-Pacífico) y global, no está abocado a colisionar con otras potencias regionales (Japón) y mundiales (Estados Unidos, principalmente).

Desde el punto de vista de Mearsheimer, con una obra de igual referencia teórica sobre la denominada “tragedia de las grandes potencias”, la tendencia a la competición o rivalidad entre las grandes potencias es inherente a su propia condición; y también a la propia naturaleza del sistema internacional. Mearsheimer parte de una concepción realista, que matiza como “realismo ofensivo”. Esto es, para asegurar su propia “supervivencia” y “seguridad”, los Estados tienden a mostrarse desconfiados unos de otros, a recelar mutuamente y a comportarse de manera poco amistosa e incluso agresiva y dominante. De hecho, la única posición en la que se sienten seguros es la de mayor predominio de poder hasta alcanzar el ideal hegemónico, y aún así deberán permanecer vigilantes ante potenciales desafíos.

Los argumentos que explican este comportamiento son los asociados a la visión realista de la sociedad internacional. Primero, su naturaleza anárquica, carente de una autoridad mundial global que gobierne y asegure la protección de sus Estados miembros. Segundo, que los Estados se reservan su soberanía o derecho a mantener su capacidad militar ofensiva ante una potencial amenaza. Por último, tercero, sin agotar todas las razones, la desconfianza mutua imperante en el sistema internacional que, al intentar incrementar cada Estado su seguridad, termina reproduciendo aquello que se quiere evitar, la inseguridad.

En suma, este denominado “dilema de seguridad” es renombrado por Mearsheimer como “tragedia”. Pues para asegurar su supervivencia y seguridad, los Estados de adentran en una pugna por mayores cuotas de poder y por alcanzar cierto predominio estratégico e incluso la hegemonía. De ahí que considere que Estados Unidos y China están condenados a la rivalidad. De manera inexorable, China intentará traducir su poder económico en poder político y militar. Incluso aunque se intente “convencer o comprometer” a China en un proceso de “democratización”, en modo alguno se modificará esa tragedia de la que no se pueden sustraer las grandes potencias. Por tanto, desde esta premisa, ambas potencias parecen destinadas a colisionar en el futuro (Mearsheimer, 2001).

Desde una óptica opuesta al pesimismo antropológico —e incluso determinismo— de los realistas, los liberales esbozan un panorama más optimista. Es el caso de John Ikenberry. Lejos de un escenario de confrontación o conflicto, su perspectiva contempla la integración de China en el orden mundial global, de corte liberal, construido tras la Segunda Guerra Mundial por Estados Unidos, principalmente. Ante las críticas formulas al modelo socioeconómico liberal, Ikenberry responde con más liberalismo y más compromiso de Estados Unidos para prolongar el sistema y orden internacional liberal. E incluso sugiere cinco líneas de acción estratégica a emprender.

Primero, liderar la construcción de unas infraestructuras de protección y redes de colaboración que prevengan la materialización de amenazas globales y minimicen sus efectos de epidemias, pandemias, hambrunas, conflictos regionales, etc.

Segundo, actualizar los acuerdos y pactos de seguridad con otros países, incluyendo la revisión de los acuerdos con la OTAN y con los de Asia oriental.

Tercero, promover acciones encaminadas a reforzar el papel de las instituciones internacionales y el consenso en las actuaciones colectivas (ampliar el número de países integrantes permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU sería uno de los objetivos más inmediatos).

Cuarto, comprometer a China en una mayor participación y asunción de las reglas establecidas en el orden liberal democrático imperante, en sus instituciones y reglas de juego.

Quinto, y último, reivindicar la aplicación e implantación global de los principios liberales, apelando a los objetivos y fundamentos que se aplicaron tras la Segunda Guerra Mundial y que fueron artífices de un período de paz y de estabilidad económica duradera (Ikenberry, 2011).

En definitiva, frente a la inevitable confrontación que dibujan los realistas, los liberales confían en la cooperación e integración de la ascendente China en un renovado y prolongado orden mundial liberal. Estas visiones dicotómicas proponen lecturas diametralmente opuestas, sin ninguna certidumbre. La única seguridad predictiva que se posee es la del continuado crecimiento económico chino, y su igualmente creciente reivindicación de un espacio en la toma de decisiones de alcance mundial. Un recorrido

sobre lo que ha sido su trayectoria a lo largo de las tres últimas décadas, de continuado ascenso, contribuye a advertir ciertas pautas de comportamiento de lo que puede deparar el futuro.

1. Estructura y caracterización socioeconómica

La incuestionable emergencia económica de China sólo resulta explicable por el éxito de las amplias reformas lideradas por Deng Xiaoping a partir de 1978, después de ser políticamente rehabilitado y tras rebasar las luchas intestinas por el poder que siguieron a la desaparición de Mao Zedong, en 1976. Si Mao fue el fundador de la República Popular de China, Deng es considerado como el político visionario que diseñó y lideró la reforma que ha convertido a China en la gran potencia económica que es hoy día.

Desde la muerte de Mao el Partido Comunista Chino se debatía entre dos grandes líneas de actuación: por una parte, la continuista, de reproducir la visión postmaoísta, y, por otra, la reformista, de renovación del modelo productivo, aplicando criterios teóricamente más pragmáticos que ideológicos. Finalmente, fue esta última línea la que se impuso a partir de 1978. Este significativo cambio de rumbo se explica básicamente por la constatación de sus limitaciones económicas e impacto negativo en las condiciones materiales de vida y bienestar de su población. Sin menospreciar su conciencia de “atraso”, derivado de su aislamiento y escasa interacción con el sistema económico internacional.

En consecuencia, China inició su reforma articulada en dos grandes ejes de actuación: la liberalización de su sistema económico y la apertura hacia el exterior. En el primer caso, la transición desde una economía estatalizada hacia otra “economía de mercado” (no reconocida en esos términos capitalistas) se inició en el sector primario, la agricultura, principalmente. Se reemplazaron las comunas ideadas por Mao por otros mecanismos de producción interrelacionados con el mercado, y sin las cuotas estatales que se imponían en el pasado.

En el segundo caso, respecto a la apertura hacia el exterior, China renunció a su secular aislacionismo para dar lugar a una considerable expansión hacia el exterior. Entonces se buscaba acceder no sólo a la tecnología ofertada por los principales países industriales y punteros en esta materia, sino también al mercado global. China era consciente de la ventaja comparativa que poseía, una mano de obra muy abundante y barata, además de

disciplinada, pero también de algunas de sus necesidades y limitaciones, en particular, de algunas importantes materias primas para su consumo interno o bien para su industria manufacturera. El enorme volumen, tanto de su oferta como su demanda, jugó a su favor para acceder a algunas importantes y estratégicas materias primas en los países productores. Parte de este objetivo se instrumentó mediante la compra de deuda pública de dichos países, pauta que le otorgó un notable superávit en su balanza comercial.

Desde el primer momento de acometer las reformas se impuso una corriente de marcado acento pragmático, liderada por Deng Xiaoping. La obsesión por la “experimentación” fue una pauta muy común, asentada en que previamente a cualquier cambio o reforma en ámbitos geográficos concretos se debía ensayar mediante programas “pilotos” para advertir sus resultados. A partir de la evaluación de estos, de su corrección o mejora, se aplicaba a una escala mucho mayor, introduciéndose y normalizándose los cambios en el sistema socioeconómico. La otra cara del pragmatismo residía en alejarse de los estériles debates ideológicos que tan caro habían pagado en el pasado, desde la revolución cultural hasta las rencillas y pugnas por el poder disfrazadas de controversias y purezas ideológicas. No era cuestión de perder el tiempo ni dilapidar los recursos humanos en polémicas inútiles acerca de si su economía era de carácter capitalista o todavía conservaba su esencia socialista. La mejor frase que resumió el pragmatismo de la época se debía a Deng: “Da igual que el gato sea blanco o negro, lo importante es que cace ratones”.

Con un promedio de crecimiento anual cercano al 10 por ciento, China es el país que ha experimentado el mayor crecimiento económico continuado en el mundo desde la década de los ochenta. Su economía ha pasado de una posición periférica a ser la más grande en la escala mundial en términos de producto interior bruto nominal, según el Fondo Monetario Internacional (Pérez, 2012). En este tránsito, se ha transformado en una economía capitalista o de mercado, en la que todavía está muy presente la intervención del Estado mediante importantes controles y empresas estratégicas.

La internacionalización de su economía ha acompañado su notable crecimiento económico. Su significativo crecimiento no se entendería sin su internacionalización. Su papel en el comercio internacional es clave. De hecho, es el país con mayor volumen de comercio. Durante las últimas décadas ha ingresado en la Organización Mundial del

Comercio, en 2001, y en la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático, en 2010. Además de adherirse a convenios y tratados internacionales en materia económica y comercial, también ha ratificado acuerdos bilaterales de libre comercio con numerosos países.

China se ha transformado radicalmente, ha dejado de ser un país eminentemente agrícola a pasar a ser otro manufacturero. Se ha convertido en la más grande factoría o fábrica el mundo, con una producción voluminosa de prácticamente todo tipo de productos, desde los más simples hasta los más complejos tecnológicamente. De hecho, es la mayor potencia mundial en materia industrial y exportadora de bienes; y el segundo mayor importador de mercancías. También es el país más poblado del mundo y con una mayor tasa de crecimiento en consumo. De hecho, parte de su ascenso económico se apoya en su factor demográfico. No obstante, es necesario contextualizar su liderazgo económico que ha experimentado un aumento del 485 por ciento de su renta per cápita en la última década, pese a que su riqueza se encuentra muy desigualmente repartida, generando grandes brechas sociales y mermando la competitividad media por habitante. Aunque también mejora constantemente sus importantes indicadores macroeconómicos como el índice de competitividad global, el porcentaje de usuarios con acceso a Internet e incluso el promedio de días para montar una empresa.

Ahora bien, ¿será China capaz de mantener ese crecimiento y progreso económico a medio y largo plazo? A juicio de Enrique Fanjul, “las fortalezas” que han permitido el “milagro chino” siguen estando presentes. Esto es:

- Disponibilidad de abundante mano de obra, para ser empleada tanto en el sector primario como en el industrial. Así como una importante reserva de trabajadores altamente cualificados y que están protagonizando el desarrollo de empresas de alta tecnología que, a su vez, atrae el establecimiento en su territorio de muchos centros de I+D trasnacionales.
- Orientación de su economía hacia el exterior, donde compite de forma exitosa

- Liberalización progresiva y orientación del mercado. El notable incremento de su clase media, y urbana, acabará demandando una mayor apertura (económica y también política) y a un ritmo más alto que en el pasado.
- Hong Kong y Taiwán: la intermediación de Hong Kong entre China y el resto del mundo ha sido clave. El incremento del intercambio comercial entre China y Taiwán ha crecido de forma notable. Si bien en lo “económico” el esquema adoptado para Hong Kong, “un país, dos sistemas”, ha resultado exitoso, los problemas surgidos recientemente tras la llamada “revolución de los paraguas” han puesto de manifiesto cómo la ausencia de libertades y el férreo control del gobierno chino pueden hipotecar su futuro. Más preocupante es cómo evolucione la resolución del problema de Taiwán, que oscila entre la reunificación pacífica o la independencia unilateral, calificado por las autoridades chinas como un “problema interno”.

En suma, la reforma china provocó la mayor revolución económica de la historia. Nunca una población tan grande experimentó un progreso económico y material tan intenso en tan corto tiempo. Pero su éxito económico no debe ocultar su autoritarismo político. Siguiendo en buena medida el modelo de desarrollo asiático implementado en Corea del Norte, Hong Kong, Taiwán y Singapur, Deng combinó el autoritarismo político con una férrea disciplina económica valiéndose de la ventaja comparativa que gozaba entonces China, una mano de obra muy abundante y barata. Su liberalización económica no se extendió a la política como dejó sellado la violenta represión de las protestas en la Plaza de Tiananmén, en 1989. Año que, curiosamente, coincidía con el fin simbólico de la Guerra Fría tras la caída del Muro de Berlín.

2. Perspectiva política, liderazgo y legitimidad

El régimen chino es bicéfalo: en la esfera económica introdujo una liberalización, dotándose de una economía de mercado capitalista, en la que se reserva una importante intervención estatal por razones claramente estratégicas; y en la política mantiene un férreo y hermético autoritarismo, que excluye toda participación política que no esté mediada por el partido comunista.

Su poder se estructura en torno a tres ejes fundamentales: el Partido Comunista, el Ejército y la Jefatura del Estado. Lejos de establecer un contrapeso entre estos tres poderes, actualmente aparecen unificados para, en teoría, evitar eventuales luchas por el poder en el seno de esta estructura tripartita como sucedió en el pasado. De manera que si bien la Jefatura del Estado corresponde al Presidente de la República, la del partido a su Secretario General, y la del Ejército al presidente de la Comisión Militar Central, en la actualidad estos tres cargos recaen en la misma persona, Xi Jinping, del mismo modo que ocurrió con su antecesor Jiang Zemin.

El Partido Comunista chino cuenta con más de 71 millones de miembros y es una de las mayores organizaciones políticas del mundo. Su presencia se extiende por todos los ámbitos de la vida china, controla los diferentes niveles de gobierno, así como los lugares de trabajo y las instituciones de enseñanza. Un grupo reducido de miembros integra el Buró Político en el que existe, a su vez, un órgano de poder más restringido, el Comité Permanente del Buró Político, de nueve miembros, con su Secretario General al frente. Considerados como los hombres fuertes del régimen, la mayoría desempeña también funciones de gobierno.

Esta esquizofrénica bicefalia es objeto de un creciente malestar social y político que, a medio y largo plazo, podría comprometer las reformas y prioridades que ha asumido el gobierno chino. Entre las prioridades anunciadas por Xi Jinping destaca la de alcanzar un desarrollo más sostenible, tanto en términos sociales como medioambientales; y más centrado en la reducción de las importantes y persistentes brechas de desigualdad. Éstas no sólo se han visto incrementadas, sino que son percibidas como un agravio comparativo ante los escándalos de corrupción protagonizados por destacados dirigentes del partido comunista durante los últimos años, con un acelerado deterioro de su imagen y credibilidad.

Una síntesis de esos objetivos prioritarios se resume en centrarse en la gente, esto es, en moderar los enfoques “productivistas”, muy orientados a los resultados cuantitativos de producción, para prestar igual atención a quiénes no han resultado tan beneficiados del “milagro económico” (campesinos pobres, trabajadores migrantes y empleados despedidos de las empresas estatales). El desarrollo científico, el de promover una industrialización basada en la demanda interna, el aumento de la productividad, el

progreso técnico y científico, la reducción en el consumo de recursos y una menor contaminación ambiental. La mejora de los servicios sociales, para hacer frente al aumento de la desigualdad que se puede convertir —si no lo es actualmente— en una amenaza grave para la estabilidad social y política del país. Seguido por otros objetivos como la lucha contra la corrupción; la utilización racional de los recursos energéticos y naturales como el agua; una mayor atención a combatir la contaminación ambiental; y, en definitiva, lo que se define como “un desarrollo generalizado, armonioso y sostenible”.

El futuro de China dependerá en buena medida del éxito en la consecución de estos objetivos. No sólo para evitar potenciales situaciones de inestabilidad social y política en el ámbito interno, sino también para la credibilidad de su imagen y prestigio exterior, en particular, en la mejora de sus compromisos sociales y su responsabilidad internacional en materia medioambiental y de lucha contra el “cambio climático”.

Uno de los talones de Aquiles del gobierno chino para mejorar su imagen exterior, y adquirir mayores cuotas de legitimación o aceptación con su nuevo rol de gran potencia mundial, procede de su escaso avance en materia de derechos humanos. Pese al publicitado informe gubernamental, *Progreso en los Derechos Humanos en China en 2013*, numerosas ONG como *Amnistía Internacional* y *Human Rights Watch* cuestionan esos avances y continúan responsabilizando al Gobierno chino de restringir las libertades de expresión, movimiento y religión de sus ciudadanos.

Entre los asuntos más “espinosos” se encuentra la vulneración de numerosos derechos fundamentales. En particular, la libertad de expresión, en todos los medios y de manera especial en la red; las prácticas de tortura, aplicadas sistemáticamente; las penas de muerte, con las cifras más altas del mundo; la reeducación mediante el trabajo forzado en campos destinados a ese propósito; la represión de la minorías étnicas y confesionales, en particular, las de regiones de Xinjiang (con la minoría Uigur), el Tíbet y Mongolia; y la persecución religiosa de las confesiones budistas, cristiana y musulmana. Por tanto, su balance en materia de derechos humanos es muy deficiente. Es más, sus intentos de maquillar la situación sólo contribuyen a crear mayor desconfianza hacia sus presuntas mejoras en materia de derechos fundamentales de la ciudadanía.

3. El impacto regional de China: su rol en Asia-Pacífico

La apertura de China hacia el exterior no se ha reducido sólo a la esfera comercial, económica y financiera, también ha comenzado a proyectarse política y diplomáticamente en el exterior en la misma medida en que consolidaba su continuada bonanza económica. Siguiendo la tesis de la “presión lateral”, cuando un país crece a un ritmo acelerado, comienza a tener una mayor presencia internacional ante su demanda de nuevas materias primas y mercados; además de buscar el reconocimiento político. China no ha sido una excepción a este comportamiento. Su inicial círculo de proyección política ha sido su entorno más inmediato, la región de Asia-Pacífico. El denominado “asiatismo” ha sido su primer y gran objetivo en política exterior (Delage, 2004).

Su apuesta por la integración regional no oculta su vocación de liderar ese proceso. China busca ser la gran potencia regional de referencia frente a la tradicional primacía que se otorgaba a Japón por los aliados occidentales; y ante la actual emergencia de India, percibida como un desafiante competidor, pero también como un potencial socio en la cooperación regional². Además de intentar traducir su indudable peso económico en influencia política, los móviles de China en la región son básicamente económicos y estratégicos. Dos caras de una misma moneda, que se refuerzan mutuamente. En el plano económico, China tiene en la región asiática su mercado natural y más inmediato. Además de poseer las vías de acceso —marítimas y terrestres— a su inmenso territorio, China ha desplegado una importante “diplomacia comercial” mediante numerosos acuerdos bilaterales con los países asiáticos para propiciar un entorno lo más estable, pacífico y propicio para garantizar su continuado crecimiento económico y modernización (Mahbubani, 2014). En el plano estratégico, China ha intentado crear un colchón de seguridad e intereses entre los países de su entorno mediante su importante actividad económica y comercial, principalmente; y en la que la cooperación con China es percibida como una ganancia, y la ausencia de cooperación es vista como una pérdida. A su vez, esta creciente dependencia económica y comercial tiene una indudable traducción en influencia política, que busca la adhesión o, como mínimo, la neutralización de los Estados de su entorno ante posibles situaciones regionales o internacionales adversas.

² Según la tesis de Pablo Bustelo, “los dos gigantes asiáticos” tienen un potencial de cooperación, fomentando la financiación internacional para ser una superpotencia determinante en el escenario internacional.

En un contexto regional muy inflamable por su inestabilidad, mala gobernanza, enormes desigualdades y rivalidad interestatal, China se presenta como un garante de la seguridad y estabilidad regional, haciendo valer su red de intereses asiáticos en el sistema internacional. En suma, el ascenso de China ha tenido su primer impacto en el subsistema internacional de Asia-Pacífico, donde se ha establecido un nuevo equilibrio de poder en el que no se puede obviar el papel que ocupa China. Por tanto, lejos queda el orden regional establecido por Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial, en el que Japón jugaba un papel principal, unido posteriormente al de países como Corea de Sur, entre otros.

A modo de conclusión: el impacto de China en el sistema internacional

Estado miembro permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU, China no tuvo una política internacional tan relevante como la de su homólogo soviético a lo largo de la Guerra Fría. Por el contrario, su política exterior tuvo un perfil más bien bajo en comparación con su potencial proyección exterior; además de igualmente confusa debido a la “teoría de los tres mundos de Mao”, que resultaba desconcertante para quien viera el mundo a través de las lentes de la bipolaridad.

Pero este panorama no se corresponde actualmente con la realidad. Precedido por su continuado crecimiento económico, China ha comenzado a elevar su voz en los asuntos internacionales, haciéndose oír en las diferentes instituciones y foros de la sociedad internacional de Estados. En concreto, en la conferencia internacional sobre seguridad, celebrada anualmente en Múnich, la delegación china manifestó lo siguiente: “No se trata de que una o dos naciones decidan el futuro del mundo”. En suma, frente a un mundo que algunos presumían unipolar tras el fin de la Guerra Fría, China ha reivindicado el multilateralismo ante las veleidades unilateralistas de Estados Unidos, en particular, de la administración de Bush tras los atentados del 11-S y su guerra contra Irak.

A semejanza de su política exterior en la región de Asia-Pacífico, China ha ido tejiendo toda una red de intereses y dependencia más allá de su entorno más inmediato. Su “diplomacia comercial” se ha extendido igualmente por el África subsahariana, América

Latina³, Oriente Medio e incluso Europa (Delage, 2003). Su dinámica de creciente proyección internacional comparte también las mencionadas motivaciones económicas y estratégicas. Esto es, responde tanto a la necesidad de diversificar sus fuentes de materia prima, recursos naturales y, en particular, energéticos, como la de granjearse la amistad o, al menos, la neutralidad de numerosos Estados en el sistema internacional.

Ante los temores que suscitaba las pisadas de este gigante dragón asiático, China esbozó la “teoría del auge (ascenso) pacífico” que, en palabras de su entonces primer ministro, Wen Jiabao (2013), se alejaba de políticas agresivas o belicistas que registraron algunas potencias ascendentes en el pasado; y por el contrario, estaba centrada en “asegurar un marco internacional pacífico y un entorno nacional estable que permitan concentrarnos en nuestro desarrollo y, con él, contribuir a la paz y al desarrollo del mundo” (Delage, 2007).

Pese a esta declaración de principios, no son pocos los recelos que sigue suscitando la política exterior china tanto en su entorno regional, de Asia-Pacífico, como en el conjunto del sistema internacional, y especialmente por parte de Estados Unidos. De hecho, toda una serie de acontecimientos y comportamientos indican que China puede estar moviéndose en una dirección contraria a su supuesto “ascenso pacífico”. Una primera línea de desconfianza procede de su ingente inversión en la modernización de su Ejército (*ver Tabla II*), que no pasa desapercibida para las potencias regionales y mundiales. Otra segunda línea procede de cómo esta haciendo valer su fuerza militar ante una serie de desencuentros. Ante el ataque de sus barcos en el Golfo de Adén, China mandó sus barcos de guerra para velar por la seguridad de rutas marítimas vitales para su actividad económica y comercial, además de suministro energético. El mensaje era claro, no permitía que se atentara contra sus intereses estratégicos y económicos. Ante su desacuerdo con Japón por la disputada soberanía de las islas Senkaku/Diaoyu, China también mandó buques de control marítimo (con armamento ligero), pero no de guerra para evitar riesgo de conflicto. Qué cabe interpretar de estos movimientos, de operaciones militares conjuntas con Rusia en el Mediterráneo o los más recientes de construcción de islas artificiales a partir de unos islotes en disputa para reclamar la soberanía. Sin duda alguna, todas estas acciones están siendo analizadas con lupa y son

³ China invertirá 250.000 millones de dólares en 10 años, véase Montes R., “China concluye en Chile su gira de acuerdos financieros en Latinoamérica”, *El País*, 26 de mayo de 2015.

objeto de una intensa controversia. Mientras una corriente de opinión percibe signos inequívocos de que su ascenso será cada vez menos pacífico y que se acompañará de la fuerza en la misma medida en que se sienta más segura, otra corriente de opinión no percibe mayores riesgos o amenazas que las que representan otras potencias regionales o mundiales.

En suma, China ha hecho valer su ascenso regional, pero también internacional mediante su inusitada fortaleza económica, comercial e incluso financiera. Paralelamente ha ido abogando por el multilateralismo en la escena internacional al igual que otros muchos países con menor riqueza y poder que China, al mismo tiempo que ha ido elevando su voz en los diferentes asuntos internacionales, desde el ámbito de la seguridad hasta el cambio climático. Aunque de menor alcance que en el subsistema internacional de Asia-Pacífico, su impacto en el sistema internacional también se ha dejado notar. Si bien todavía es prematuro advertir su impacto en un sistema internacional en constante transformación, no es arriesgado sostener que China, de seguir su actual evolución económica y ascenso geopolítico, está destinada a tener un papel relevante en el mismo, sin descartarse situaciones de cooperación, pero también de conflicto.

Bibliografía

- Bustelo, P. (2010). *Chindia. Asia a la conquista del siglo XXI*. Tecnos.
- Bustelo, P. (2005). *El auge de China: ¿amenaza o “ascenso pacífico”?*. Real Instituto Elcano (ARI).
- Cesarin, S. (2007). *China: enfoques sobre política interna y externa*. Círculo de Legisladores.
- Delage, F. (2004). “China y el futuro de Asia”. *Revista Política Exterior*, No.102, pp. 14.
- Delage, F. (2007). *El nuevo contexto de la política exterior china*. Real Instituto Elcano (ARI).
- Delage, F. (2003). “La política exterior china en la era de la globalización”. *Revista Cidob d’Afers Internationals* No.63, p67-p81.
- Editorial, (2015). “China juega fuerte”. *El País*. Recuperado el 29 de mayo en: http://elpais.com/elpais/2015/05/28/opinion/1432837009_655979.html
- Fanjul, E. (2008). *30 años de reforma en China*. Real Instituto Elcano (ARI).
- Ikenberry, G. J.(2011). *A World of Our Making*. Democracy Journal.
- Kennedy, P. (1989). *Auge y caída de las grandes potencias*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Mahbubani, K. (2014). *El nuevo hemisferio asiático: el irresistible desplazamiento del poder global hacia el Oriente*. México, D.F.: Siglo XXI.
- Mearsheimer, J. J. (2001). *The Tragedy of Great Power Politics*. New York: Norton.
- Montes, R. (2015). “China concluye en Chile su gira de acuerdos financieros en Latinoamérica”. *El País*. Recuperado el 26 de mayo en: http://internacional.elpais.com/internacional/2015/05/25/actualidad/1432590897_108016.html
- Nye, J. S.,Jr. (2003). *La paradoja del poder norteamericano*. Madrid: Taurus.
- Pérez, V. (2012). “Los países emergentes”. *El orden mundial en el S.XXI*. Recuperado el 2 de septiembre de 2014 en: <http://www.elordenmundial.com/relaciones-internacionales/paises-emergentes/>
- Rizzi, A. (2010). “China reclama su papel de superpotencia”. *El País*. Recuperado el 26 de mayo de 2015 en: http://elpais.com/diario/2010/02/06/internacional/1265410802_850215.html
- Sodupe, K. (2002). *La estructura de poder del Sistema Internacional: del final de la Segunda Guerra Mundial a la posguerra fría*. Madrid: Fundamentos.

Zakaria, F (2000). *De la riqueza al poder: los orígenes del liderazgo mundial de Estados Unidos*. Barcelona: Gedisa.

Figuras

Tabla I

Posición relativa de las potencias en el estudio prospectivo *National Power Index*

Año/Posición	2010	2020	2030	2040	2050	2060
1	Estados Unidos	Estados Unidos	China	China	China	China
2	China	China	Estados Unidos	Estados Unidos	India	India
3	India	India	India	India	Estados Unidos	Estados Unidos
4	Japón	Japón	Japón	Japón	Japón	Brasil
5	Alemania	Alemania	Brasil	Brasil	Brasil	Japón
6	Rusia	Rusia	Rusia	Rusia	Alemania	Alemania
7	Reino Unido	Brasil	Alemania	Alemania	Reino Unido	Pakistán
8	Francia	Reino Unido	Reino Unido	Reino Unido	Pakistán	Reino Unido
9	Brasil	Francia	Francia	Francia	Francia	Francia
10	Italia	Indonesia	Indonesia	Pakistán	Rusia	Nigeria
11	Indonesia	Italia	Pakistán	Indonesia	Indonesia	Indonesia
12	Corea del Sur	Corea del Sur	México	México	Nigeria	México
13	Canadá	México	Italia	Arabia Saudita	México	Rusia
14	México	Pakistán	Arabia Saudita	Nigeria	Arabia Saudita	Egipto
15	Arabia Saudita	Canadá	Corea del Sur	Irán	Egipto	Arabia Saudita
16	España	Arabia Saudita	Irán	Egipto	Irán	Etiopía
17	Pakistán	España	Canadá	Canadá	Canadá	Bangladés
18	Irán	Irán	Nigeria	Italia	Turquía	Canadá
19	Australia	Turquía	Turquía	Corea del Sur	Bangladés	Irak
20	Turquía	Egipto	España	Turquía	Irak	Turquía

Tabla II

CAPACIDAD Y PODER MILITAR	EE.UU.	RUSIA	CHINA
INDICADOR	Unidades	Unidades	Unidades
Posición en el ranking	1ª	2ª	3ª
Presupuesto de Defensa (Millones US\$)	689.591	64.000	129.272
Personal Militar Activo	1.477.896	1.200.000	2.285.000
Mano de Obra militar	153.600.000	75.330.000	795.500.000
Número Total de Aeronaves	15.293	4.498	5.048
Fuerza Naval Total:	290	224	972

Fuente: Elaboración a propia a partir de los datos de Global Fire Power

<http://actualidad.rt.com/actualidad/view/97318-ranking-mundial-principales-potencias-militares>